



boletín
ambiental

Enero de 2019

Instituto de Estudios Ambientales IDEA - Sede Manizales **152**

Memoria de la tierra: Armero



Memoria de la tierra: Armero

JOSÉ WBALDO SALAZAR RAMÍREZ
Sociólogo
Magíster en Medio Ambiente y Desarrollo
Universidad Nacional de Colombia
Investigador Grupo de Pensamiento Ambiental
Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales

Fotografía Portada: Cuadrícula de armero. Fundación Armando Armero. 2015



Epítome

En este artículo podrán discurrir lenguajes con Volcán-Nevado que permitirán develar los acontecimientos de aquel oscuro y lluvioso día en el que los armeritas fueron muerte-vida, por lo tanto cuerpo-tierra, pero sobre todo comprendieron la lengua de la tierra con sus pulsiones, tensiones y re- pliegues para concluir que la vida son momentos telúricos en toda nuestra existencia material.

Tragedia del Paisaje. Geo-Poéticas del Desarrollo

Volver sobre aquel día trece de noviembre es importante toda vez que podamos dialogar sobre los acontecimientos que de-viene NATURALEZA y para ello un regreso al origen. La búsqueda del origen de toda palabra presente, ante el lenguaje el planteamiento de la forma de verdad adecuada a su esencia en la perspectiva de cada hombre es una manera de asimilar el conocimiento del mundo. Fuera de la órbita de la base volcánica, la verdad del len-

guaje que hablan los hombres es la verdad de un camino que se bifurca y multiplica en mil mentes, en mil aspectos. “Un logos que discurre por los infinitos derroteros de las palabras, y que crece, a través de ellas, en ese discurrir” (Lledó, 2000, p.90).

Cada palabra es pronunciada siempre por alguien que es, en cierto sentido, su sustento y su justificación. A pesar de que el lenguaje preexiste al individuo, es este quien organiza u orienta

el mensaje que, más o menos detalladamente, pretende transmitir; bien es sabido que antes de la postrimería del siglo XIX, cuando en el territorio que para el año 1985 se llamaba Armero, Vulcano había erigido palabra, escritura, por lo tanto lenguaje, y esta escritura jamás fue leída por quienes en él habitaron. Y esta escritura devenida en lenguaje fue la que empezaron a tejer los habitantes de Armero a partir de ese año; omitieron el conocimiento de la anamnesis y la preexistencia del alma del volcán que ya ha visto todo antes. El tiempo es irreversible y la característica de todo pasado es, precisamente, su irrepetible presencialidad, pero con la naturaleza, esta irrepetibilidad si es contraria frente a cualquier fenómeno social, en tanto ella nos recuerda a diario que ella es, que es vida, y que cuantas veces rechacemos su condición, pues cuantas veces sea necesario nos traerá al presente sus latidos y sus manifestaciones para crear conciencia, es decir, para hacer presencia, comparecer nuevamente con sus múltiples pulsiones.

Una verdad que surge del romance de Vulcano con Venus y a la vez se nutre de dos corrientes: agua y fuego. Esa verdad que solo al pronunciarla adquiere su carácter de verdad, solo cuando la erupción fue visible y tocada por los armeritas, es “palabra privilegiada” a la que hay que prestar

oído, y que es absolutamente inalterable, se hace presente aquí, en las manifestaciones del volcán y de Gea, como una verdad que difiere, que es múltiple y diversa para quien la escucha y en función del que habla, fueron corrientes de agua y fuego. La negación del conocimiento “natural”, el conocimiento que Vulcano y Gea nos manifiestan a través de sus múltiples expresiones y variopintas pulsiones, crea tensión con la razón instrumental occidental, nos deja claro que la sabiduría popular de los campesinos, de los habitantes de Armero, siempre estuvo más cerca de los mensajes enviados por el Volcán-Nevado que el mismo conocimiento de expertos venidos de varios países quienes afirman conjuntamente con la política del momento, que no se le temiera a dichas pulsiones; en el Periódico La Patria del jueves 3 de octubre de 1985, refiriéndose en la cumbre de científicos de Bogotá sobre el caso del Ruiz, dicho medio desplegó que una de las conclusiones fue que era normal lo que estaba pasando con las fumarolas y emisiones de ceniza, por lo tanto “no era motivo de preocupación”. Era cierta esa normalidad, pero lo que no era cierto es que la ciencia eurocéntrica no sabía, no sabe aún hoy en día, saber sentir y escuchar las pulsiones y los latidos de Gea, y de Volcán-Nevado, por muchos desarrollos tecnológicos que utilicen para medirla (o).

En el eco de la experiencia, las tradiciones, los orígenes de los habitantes de Armero, el dominio de la opinión, que no es otro que esa gran estructura suprasubjetiva que el lenguaje constituye, es, en el fondo, el reconocimiento de una claudicación, hasta los límites de la propia vida. Las opiniones de los hombres –doxásmata– exigen continuo cuidado porque ellas son la fuente de la que brota el conocimiento; es decir, la negación de la actividad de las múltiples manifestaciones de Vulcano, hace posible, en el análisis de las palabras con las que se construyó a escala de un mito, que no pasaría nada, adivinar un sentido. Porque en el fondo, la opinión es verosímil, y esta proximidad a la verdad es la que permite siempre la búsqueda en ella, o sea en el lenguaje de la tradición, de un rastro de conocimiento.

Desde mi niñez oí hablar de El León Dormido a los maestros de la escuela (...).

(...) Una referencia similar la escuché de mi abuela quien en 1916 al salir de la cocina al patio contempló la mañana oscurecida y las plantas de la huerta agobiadas de cenizas. Antes había escuchado unos ruidos dentro de la tierra por lo que ella concluía sabiamente: Este planeta aún está por hacer. (...). (Hernández, 1989, p.17)

El tiempo permite que exista la posibilidad y, con ello, la realidad. Pero todo lo real humano, en su simple estar-

presente, manifiesta ya su perecer. El momento en que la vida se enciende lleva consigo también su apagamiento y desaparición. Tener conocimiento y tener memoria son, por supuesto, dos formas de superar el estrecho círculo de vida-muerte con el que el tiempo cerca la existencia. El conocimiento permite tomar consciencia de nuestra natural experiencia y ampliarla, al ensanchar con la reflexión su escueto y clausurado dominio. La memoria permite recobrar, desde nuestra instantánea mismidad, los otros instantes que, perdidos para la inmediata experiencia de los sentidos, quedan, por obra de esa misma experiencia corporal, en la carne de la memoria.

Frente a las múltiples miradas e interpretaciones de los acontecimientos hechos por Vulcano y Gea en su momento, en la antigua creencia, “da lo mismo” que algo sea dicho de una manera o de otra. Una vez dicho lo dicho, queda absorbido e identificado en la creencia. La verdad que profieren Gea y Vulcano, solo descansa en sus propias manifestaciones. Lo dicho (lo manifestado) es verdad, por ser dicha (manifestada). Esta firmeza de una forma de lenguaje que es, una especie de mito, se opone al ejercicio múltiple de un lenguaje compartido y dialogado como el que constituyen, en general, los ejercicios dialécticos, es decir, aunque en la vida común de las gentes vecinas de Vulcano, se habló de sus acontecimientos, no fue

aceptada solo por el hecho que no conocían pre-cedentes de tragedias anteriores.

La escritura dice, pero el lector entiende. El sentido de la escritura es el resultado de un acto que va de la orilla del autor a la del lector, a través del cauce que traza la escritura” (Lledó, 95). Entendiendo a Vulcano como actor y a los “armeritas” como lector, porque en el fondo de este

cauce es como si se encontrasen ambos, un punto de contacto entre la inicial asimetría de esas dos orillas, sujeta a explicación en la fotografía expuesta más abajo. Y ese elemento de unión –agua y fuego- que fluye entre las dos laderas- es el lenguaje, es la corriente de pensamiento de Volcán-Nevado la que profiere voz, es la ceniza la que toca la piel, es la lluvia la que los despierta y esta unión es la que los invita a la reflexión.



Imagen 1. Re-Encuentro con los mismos y con la tierra

Fuente: Periódico El Tiempo (2014)-

Por ello, el lenguaje acoge las imágenes, las impresiones de pasadas experiencias, pasadas escrituras, pasadas avalanchas, pasadas erupciones, en el espejo fluyente de un discurso interior magmático que levanta lo real en la propia consciencia. Pero este cauce “interior” está trazado por un largo ejercicio surgido en respuesta a la vida que ha ido recogiendo en cada individualidad. Fue por la ausencia de esta memoria interior, imposibilidades de un sentido, ausencia

de una voz anterior que hablase con los habitantes, ya que el recuerdo aprovecha el tiempo que viene - el ritmo de vida que siempre es hacia el futuro- para, desde él, traer el tiempo que se fue y que, por la memoria, queda prendido en esa posibilidad de regreso, otra vez y de otra forma, hacia el presente.

Lo que se quiere decir, con lo anteriormente expuesto, es que fueron los habitantes de las orillas del valle del Lagunilla y vecinos de Vulcano los que negaron la memoria, toda posibilidad de evocación, negación de todo acto de memoria en el que se llena el tiempo presente con algo distinto de la simple posibilidad, a la manera de una in-versión en la esencia misma del tiempo. El latido del presente suena, lo telúrico se siente, lo eruptivo se ve, pues, con el tono del pasado. Las intuiciones del presente son vacías sin el pasado, y el pasado sin la luz con que lo enciende la temporalidad inmediata del instante es ya puro olvido. La tragedia de Vulcano, fue en esencia puro olvido, una negación de rememoración.

Esta determinación de la vida por lo vivido y que, de una manera muy general pero no por ello menos certera, simboliza la memoria, encuentra en la escritura una inestable ayuda, porque no somos una estructura en la que nuestra carne se ha ido constituyendo como cuerpo concreto, como

una memoria corporal en cuyos rasgos habla el pasado de una especie y de una familia. Somos, más bien, una memoria teórica, un espacio de contemplación en el que han ido teniendo lugar elecciones y decisiones.

La escritura representa la posibilidad de oír otra voz que no sea la propia, o la del otro que, desde el mismo presente, nos habla. La escritura es, pues, la presencia de otro pasado que no es el propio, un pasado no solo puede tener la misma dimensión que el nuestro, sino que, como historia, llega infinitamente más lejos. No habría escritura que pudiese aglutinar la experiencia de la que es símbolo, sin ese lector que es, en lo más personal de su ser, un lenguaje; pero tampoco habría lector si este no supiese romper el cerco de su mundo personal con las voces que, a través de las letras, le llegan. Fue la negación del otro, como voz, la inexistencia de lenguaje, la negación de toda posibilidad de habla, las razones por las cuales donde se originó la avalancha eruptiva de Volcán-Nevado. En definitiva, negación de la memoria que es posibilidad de per-vivir. No solo porque ser es pre-existir, sino, sobre todo, porque memoria es rastro de temporalidad, ausente, presencia de la vida.

Pero la memoria también es amor, también es cuerpo, también es "tragedia" envuelta en un mensaje

“agónico”, encontrada en cada discurrir de la vida telúrica; invito a quienes leen estos trazos a que dialoguen con la poesía de Neruda, especialmente cuando por sus acontecimientos vitales en Temuco (Chile), rodeado de bosques, lagos, ríos y montañas, escribe un sustento literario en “Las Piedras del Cielo” (1970) que nos permite sentir y escuchar y a la vez leer la escritura de la palabra de Volcán-Nevado.

Rostro del Paisaje

Hay en el paisaje un rostro, una mirada, un oído, como una espera o un recuerdo. Es el rostro del espacio geográfico de Armero que cambia de aspecto en los días ulteriores a la catástrofe, debido a las vibraciones de color que, según la hora del día o de la noche, inciden en ella. Al atardecer, el silencio se cierne sobre este municipio; se acercaba la noche y los ríos brillaban como el algodón en sus fértiles tierras; el suelo de Armero aparecía velado por ligeras y vaporosas nubes cargadas de agua. Un sol frío, abriéndose hacia las llanuras y al valle se mantenía suspendido sobre el gran municipio rodeado por un árido monte volcánico.

Encontramos al hombre atacado por un movimiento insólito de la tierra, ya sea la fuerte tempestad de ese día tan recordado por los armeritas, la erupción de Volcán-Nevado y hasta las inundaciones de lodo. Quisiera prestar toda atención al espacio geográfico tallado en la materia o diluido en una sustancia móvil o invisible. Es el rostro de Volcán-Nevado con el azul oscuro

de aquella noche, frontera entre lo pre-visible y lo visible, entre la certeza y la incertidumbre; espacio para la muerte; es el espacio gélido del hielo de Volcán, el espacio tórrido bajo el cielo de Armero, el espacio lúgubre de los habitantes de Armero bajo la tormenta. Y hay algo más, esa extensión de atravesar o huir, la arena que emprende el vuelo desde ese horno natural, el viento que ruga. Resistencia o ataque de la tierra; incluso el silencio o la desolación es también realidad del espacio geográfico, una realidad que oprime, una realidad que excluye.

En diálogo con el maestro Augusto Ángel Maya acerca de la fragilidad ambiental de la cultura (1996) podemos hablar con los griegos sobre lo acaecido y darle el nombre de NÉMESIS, como venganza de la naturaleza contra culturas no adaptativas, cuando una cultura ha traspasado los límites, los impactos ambientales empiezan a presionar el sistema cultural para que cambie o desaparezca. Cuando el sistema cultural no logra encontrar el camino para modificar

sus conductas erráticas, la naturaleza lo sepulta en el cementerio de la historia. Son los mismos límites que impusieron sus vecinos, los expertos, para cerrar toda posibilidad de diálogo y comprensión con physis y Volcán-Nevado.

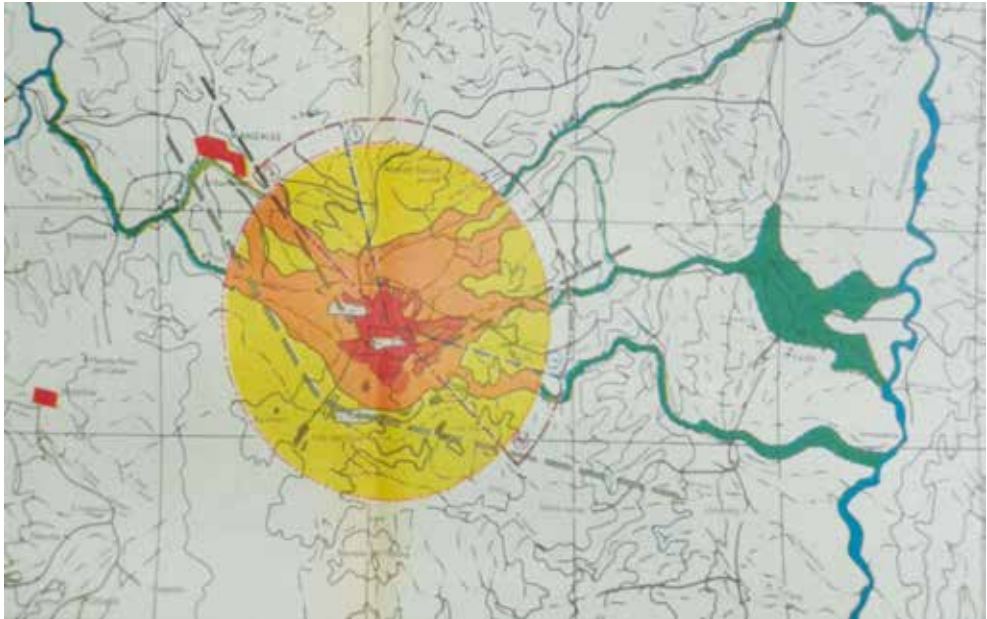


Imagen 2. Mapa de riesgo volcánico
Tomado de La Patria (1985).

Para oír a Volcán-Nevado tenemos que tomar una actitud distinta de aquella que la oralidad nos impone. Tenemos que transformar esa actividad que obliga la presencia de una voz que habla y que se esfuma totalmente en el fluir de su inmediata temporalidad, por esa otra presencia inerte de los expertos. Ya no son los oídos que atienden, sino los ojos que se detienen en unos signos que, como afec-

ción, adquieren una concreta forma de sustancialidad. La physis nos había alertado de que no solo acatáramos y dispusiéramos del oído para su acatamiento, sino también de la vista para de-tenernos a la pre-sencia de la condición existencial; los expertos (geofísicos) desde su mirada irradante lo señalaron, matematizaron el cuerpo-tierra entre los armeritas y Volcán-Nevado, transmitieron su única mirada

eurocéntrica y antropocéntrica y nos dijeron todo lo que hacía físicamente Vulcano, pero ellos, ni los armeritas supieron ver con los ojos que Volcán-Nevado les llamaba; todo lo que ellos señalaron dentro del Mapa de Riesgo del volcán que llanamente era una dilucidación del dominio propio de su disciplina; ahora Volcán-Nevado nos enseña que somos también geografía para ser comprendido, que estamos ligados a la tierra, que también cuenta con órganos; que todo lo que ellos llamaron el volcán eran la esclerótica humana con sus nervios ópticos, la pupila, el cristalino, la córnea y la retina.

Lo sugerente de este planteamiento es que el espacio geográfico no es el espacio del mapa, tampoco el puramente relacional de la cartografía y la geometría; es, al contrario, un espacio sustancial; es el mundo de la existencia, un mundo que reagrupa las dimensiones del conocimiento, pero también, las de la acción y la afectividad. En la imagen arriba puesta a nuestra vista, Volcán-Nevado morfológicamente cuenta con su cráter principal /cristalino; chimenea principal/humor vítreo y conducto hialoideo; cráter secundario/cámara anterior y posterior; cámara magmática/nervio óptico y basamento/retina. Todas estas partes son constitutivas y están coligadas para irradiar luz. Aunque a través de los vasos sanguíneos de la retina/ríos Azufrado y Murillo llegan

a la retina/río Lagunilla para ser irrigado en la córnea/Armero para que finalmente llegue luz/vida/muerte/ceguera.


Volcán-Nevado-esclerótico es ojo, es todo él, todo; hace parte de su cuerpo el cráter principal-cristalino que está detrás de la córnea-Armero, es la lente del ojo, cuando un rayo de luz pasa de una sustancia transparente a otra, su trayectoria se desvía: este fenómeno se conoce con el nombre de refracción; de igual manera cuando Armero negó toda existencia viva de Volcán-Nevado se tradujo avalancha. La luz se refracta sobre la córnea y el cristalino se proyecta sobre la retina, es decir, es el mismo recorrido de los derrames lávicos, los flujos piroclásticos que llegan hasta Armero a través del río Lagunilla.

Afirma Dardel (2013) que “el espacio geográfico no es únicamente superficie; siendo materia implica una profundidad, un espesor, una solidez o una plasticidad” (p.71) que, en principio, una percepción interpretada por el intelecto no las percibe, sino que las descubrimos a través de una experiencia primitiva: respuesta de la realidad geográfica a una imaginación creadora que, por instinto, busca algo parecido a una sustancia terrestre o que, tropezando con ella, la idealiza en símbolos, consecuencias, movimientos, prolongaciones, profundida-

des. Por lo tanto el rostro de la tragedia devenida en catástrofe no es la de ningún habitante de Armero, nos debemos alejar de cualquier visión antropocéntrica, como lo sigue haciendo la bulimia conmemorativa en cada llegada de noviembre, el rostro de la tragedia fue y seguirá siendo Volcán-Nevado.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁNGEL MAYA, Augusto. (1995). La fragilidad ambiental de la Cultura. Instituto de Estudios Ambientales. Editorial Universidad Nacional. Colombia.
- DARDEL, Eric. (2013). El Hombre y la Tierra. Naturaleza de la realidad geográfica. Editorial Biblioteca Nueva. Madrid.
- DUQUE, Félix. (2008). Habitar la Tierra. Medio Ambiente Humanismo y Ciudad. Abada Editores. Madrid.
- DUQUE, E, Gonzalo. (1985). Conceptos Básicos de Vulcanismo. Boletín de Vías Nº 53. Universidad Nacional de Colombia. Manizales.
- _____. (1986). Mapa Preliminar de Amenazas Potenciales del Volcán Nevado del Ruiz. El Espectador, 14 de noviembre.
- _____. (1986). Riesgo Volcánico del Ruiz, Realidades e Hipótesis. Boletín de Vías Nº 56. Universidad Nacional de Colombia.
- HEIDEGGER, Martin. (1960). Sendas perdidas. Editorial Losada, S.A. Buenos Aires.
- JUNG, Carl. Gustav. (2012). Simbología del Espíritu. Estudios sobre fenomenología psíquica. Fondo de Cultura Económica. México.
- LLEDÓ, Emilio. (2000). El surco del tiempo. Meditaciones sobre el mito platónico de la escritura y la memoria. Crítica. Barcelona, España.
- MADERUELO, Javier. (2006). Pensamiento y Paisaje. Las cinco puertas del paisaje. Ed. Abada Editores. Pág. 145. Madrid. España.
- NOGUERA, Ana Patricia. (1998). Escisión y Reconciliación: movimientos autorreflexivo de la Modernidad Estética. Universidad Nacional de Colombia Sede Manizales.
- PARDO, José, L. (1991). Sobre los espacios; pintar, escribir, pensar. Ediciones del Serbal. Barcelona, España.
- SENNET, Richard. (1997). Carne y Piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental. Alianza Editorial. Madrid.
- Periódico La Patria. Cumbre científica en Bogotá sobre el caso del Ruiz. (1985, jueves 3 de octubre), p. 3A. Edición 22.598.



Instituto de Estudios Ambientales - IDEA -
Teléfono: 8879300 Ext. 50190 / Fax 8879383
Cra 27 #64-60 / Manizales - Caldas
<http://idea.manizales.unal.edu.co>
idea_man@unal.edu.co